

UNAS RUTAS “POLÍTICAMENTE INCORRECTAS” A TRAVÉS DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO

SOME “POLITICALLY INCORRECT” PATHWAYS THROUGH PC

Stuart Hall

Nació en 1932, en Kingston, Jamaica. En 1951, viajó a Gran Bretaña para estudiar en Oxford. Fue una figura fundadora de los estudios culturales. Los artículos que escribió abordan temas que van desde la racialización y la identidad hasta la situación postcolonial y la diáspora; desde las teorías de la representación hasta análisis sobre los medios de comunicación. Murió en 2014, en Londres, Inglaterra.

Artículo publicado originalmente por Stuart Hall como “Some ‘politically incorrect’ pathways through PC”, Sara Dunant (Ed). *The War of Words*. Virago. 1994. Aunque la revista *Mediaciones* adquirió los permisos necesarios para publicar esta traducción, los derechos sobre el artículo siguen perteneciendo a Stuart Hall. Agradecemos a Lawrence Grossberg, a Bill Schwarz y, sobre todo, a Catherine Hall por hacer que la idea de esta publicación funcionara. Traducción de Sonia Serna (soniaserna@gmail.com).



Resumen

Lo políticamente correcto fue fiel a aquello que caracterizó al cambiante panorama político de comienzos de los noventa, y por lo tanto, sintomático de tendencias históricas más grandes. Este artículo intenta trazar el camino que lo políticamente correcto ha recorrido a través de sus contradicciones ubicándolo en su contexto histórico.

Palabras clave

Políticamente correcto, thatcherismo, nueva derecha, mayoría moral, giro lingüístico.

Abstract

Political correctness (PC) was and remains prototypical of the kinds of issues that came to characterise the rapidly shifting political landscape of the 1990s. Thus, it is symptomatic of certain broader historical trends, and therefore seems useful even at this late stage. This article places the concept PC in a broader historical context before charting a path through its contradictions.

Keywords

Politically correctness, Thatcherism, New Right, moral majority, linguistic turn.



Hay una versión según la cual lo políticamente correcto comenzó como un chiste privado de la izquierda. Estudiantes radicales en universidades de los Estados Unidos actuaron una imitación irónica de los “malos tiempos de antes de los sesenta”, tiempos en los que cada grupúsculo revolucionario tenía una posición de partido para todo. En esas actuaciones ponían ejemplos flagrantes que dejaban en evidencia los comportamientos sexistas o racistas de sus compañeros, y lo hacían imitando el tono de voz de la Guardia Roja o de la Comisaría de la Revolución Cultural: “¡No muy ‘políticamente correcto’, camarada!”. Alguna vez Marx, refiriéndose a cómo los revolucionarios de una época a menudo se disfrazan de revolucionarios de épocas previas, hizo esta famosa observación: “La historia se repite dos veces, la primera como tragedia, la segunda como farsa”. Olvidó añadir que, casi con seguridad, a la tercera la broma se volteará para darnos tremendo mordisco.

Me topé por primera vez con el término “políticamente correcto” durante una charla en una universidad estadounidense a mediados de los ochenta. Los organizadores del evento me advirtieron que fuera cauteloso al hablar puesto que, dado el ambiente posterior a la elección de Reagan, la derecha había establecido comités de monitoreo en el campus destinados a observar a los conferencistas y a tomar nota de todo lo dicho en las conferencias que eventualmente menoscabara la Constitución de los Estados Unidos o que pudiera drenar lo mejor y lo más deslumbrante de la fibra moral de la nación. Aquí lo políticamente correcto fue sin duda parte y pedazo del contragolpe que los ochenta dieron a los sesenta. La derecha y la mayoría moral trataron de prescribir lo que podía ser pensado y dicho en los salones de clase. Experimentar así de cerca esa “policía del pensamiento” fue lo suficientemente desagradable como para que se desataran en mí

sentimientos bastante ambiguos –y eso en el mejor de los casos–, cuando lo políticamente correcto empezó a ser implementado por quienes podríamos llamar los “nuestros” en defensa de lo que la mayoría de las veces toma la forma de “nuestros” asuntos.

Extraños sucesos tuvieron lugar aquí. Los herederos de la libre expresión y del radicalismo liberal de los sesenta apropiaron estrategias asociadas a la derecha radical, a la seguridad de Estado o a la izquierda autoritaria. Los únicos argumentos en contra vinieron de la fracción más endeble del liberalismo clásico. En tanto, como táctica, lo políticamente correcto empoderaba pequeños grupos de militantes en los salones de clase y en el debate académico sobre los planes de estudio al tiempo que los iba aislando de la arena política general.

Lo que parecía más característico del asunto políticamente correcto era su manera de atravesar la separación tradicional entre izquierda/derecha y de dividir a algunos sectores de la izquierda. Lo políticamente correcto fue fiel a aquello que caracterizó al cambiante panorama político de comienzos de los noventa, y por lo tanto, sintomático de tendencias históricas más grandes. Pese a la distancia temporal, y antes de intentar trazar el camino que ha recorrido a través de sus contradicciones, resulta útil ubicarlo en su contexto histórico.

Primero está su “americanidad”. Opino que cuando la gente zanja lo políticamente correcto como “un fenómeno propiamente estadounidense” está pensando de una manera demasiado estrecha y creyendo que las cosas se desvanecen nada más con etiquetarlas. Quiero entonces argumentar que como estrategia política –e incluso como *estilo* político– lo políticamente correcto tuvo una presencia activa en la política británica de los ochenta, solo que en aquellos tiempos se le conocía con otro



nombre. Quiero argumentar también que su denominada “americanidad” nos dice algo importante sobre cómo están cambiando las sociedades post-industriales y sobre lo que está sucediendo con la política en los países democráticos de todo el planeta. Tengo la impresión de que lo políticamente correcto es reflejo de un fragmentado paisaje político, de la ruptura de las circunscripciones sociales o, al menos, del rechazo a las identidades colectivas muy generales o a “categorías mayores” como “clase” o “trabajo”.

De hecho, lo políticamente correcto parece que ser típico de las sociedades en las cuales se han erosionado los partidos de masas como forma política, ha disminuido la participación en movimientos políticos de masas y se ha debilitado la influencia y el poder de los “viejos” movimientos sociales de la clase obrera y la mano de obra industrial. La gente se ha vuelto más “políticamente correcta” en aquellos lugares donde la política se ha desplazado hacia los “nuevos movimientos sociales”, suelo fértil donde lo políticamente correcto florece. Estas cosas nos hablan de una transformación sísmica en toda la topografía política.

En los viejos tiempos, la izquierda consideraba que las

“principales contradicciones” de la vida social eran la clase y la explotación económica y, ya fuera de ida o de vuelta, todos los conflictos sociales importantes pasaban por ellas. La era de lo políticamente correcto, en cambio, ha estado marcada por la proliferación de sitios de conflicto social, incluidos conflictos relativos a la raza, el género, la sexualidad, la familia, la etnicidad y la diferencia cultural; aunque también cuestiones relacionadas con la clase y la desigualdad. Cosas que antes eran consideradas “no políticas”, como la vida familiar, el matrimonio, las relaciones sexuales, o incluso la comida, se politizaron. Lo políticamente correcto es también característico del ascenso de las “políticas de la identidad”, donde lo que se moviliza es la identidad social compartida (como ser mujer, negro, gay o lesbiana) y no las desventajas colectivas ni los intereses materiales. Tal cosa refleja el paso de “lo político” a la arena privada, a la esfera de interacción social informal y a los escenarios de la vida cotidiana. El lema feminista “lo personal es político” captura perfectamente este cambio.

Desde otra perspectiva, lo políticamente correcto es producto de lo que podríamos llamar “la culturalización de la política”, un enfoque basado

en el reconocimiento de que nuestra relación con la “realidad” siempre está mediada y atravesada por el lenguaje y que el lenguaje y el discurso son centrales en cómo opera el poder. Es “la política después de los estudios culturales” en el sentido de que ha absorbido muchos de los desarrollos teóricos de la teoría cultural y de la filosofía de las últimas décadas. Desde este enfoque, podemos no estar entendiendo mucho de economía, pero sabemos que las cosas, incluida la economía, solo tienen sentido y se convierten en asuntos políticos debido a la forma como son representadas; es decir, tienen una dimensión cultural o discursiva. Diremos entonces que lo políticamente correcto emergió dentro de una cultura intelectual que experimentó lo que los filósofos han llamado “el giro lingüístico”.

Estas cosas vistas en su conjunto explican de alguna manera el estilo particular de lo políticamente correcto: su gusto por la confrontación y el desafío. Conscientemente, lo políticamente correcto impone una postura y un tono de voz que parecerían más apropiados para la disputa pública dentro del llamado espacio “privado”. Ya muchos han comentado la naturaleza “académica” o el intelectualismo de las políticas política-

mente correctas. Opino que esos comentarios señalan no solo que lo políticamente correcto a menudo se vuelve un mero asunto académico, sino también lo que algunos filósofos llamarían un “nominalismo” extremo, es decir, la creencia en que basta con llamar las cosas de una manera diferente para que estas dejen de existir. Hay aquí implícita una noción de la política bastante individualista: cada quien por su cuenta y sin cesar “es testigo de la verdad”. Lo políticamente correcto da la impresión de ser asunto de un grupo pequeño que ha decidido ponerse en pie para ser tenido en cuenta. Esta no es la única forma en la que aquellos “políticamente correctos” hacen ver a los puritanos¹ de antaño como santos del siglo XVII. La “voz” más característica de lo políticamente correcto es una presión auto-infringida para ser moralmente intachables.

El ascenso de lo políticamente correcto parece estar íntimamente ligado al predominio de la nueva derecha política durante los ochenta y noventa en Estados Unidos, primero, y en Gran Bretaña, después. Los regímenes Reagan-Bush y Thatcher dominaron la escena política y establecieron los parámetros de acción política y de debate moral. En medio de su virulenta filosofía social del libre mercado y de la puesta en marcha de un nuevo y poderoso consenso anti-bienestar, esos regímenes redefinieron los contornos del pensamiento público. Pero para alcanzar esta supremacía, además de controlar el aparato estatal de gobierno, tuvieron que dominar eficazmente todo el “terreno ideológico”. Esto quiere decir que estuvieron dispuestos a abordar con toda la seriedad posible cuestiones ideológicas como la moral, la sexualidad, la paternidad, la educación, la autoridad en el aula, las normas tradicionales de

aprendizaje, la organización del conocimiento en los currículos, etcétera. Con éxito moldearon una tendencia al egoísmo, a la codicia y al individualismo posesivo, tomando por sorpresa a las alianzas populistas basadas en las alineaciones de clase tradicionales al meter en el corazón mismo de la izquierda tradicional el evangelio de “la prevalencia de las fuerzas del mercado”. Sacaron provecho de los miedos más convencionales de la gente: el miedo a la delincuencia, a la raza, a la “otredad”, al cambio mismo. Pescaron en las aguas turbias de un nacionalismo cultural exiguo y reaccionario y volcaron sobre su agenda cultural y de sexualidad una mayoría moral “silenciosa”, pero fortalecida y muy bien organizada. Aunque lo políticamente correcto es adversario declarado de la Nueva Derecha, paradójicamente comparte con ella la idea de que el juego político se gana o se pierde en el terreno de los asuntos morales y culturales, asuntos al parecer muy alejados de la concepción de la “política” de Westminster² (o de los “laboristas”, en este caso).

En el largo plazo, nada ha podido descarrilar las transformaciones históricas que comenzaron en Gran Bretaña con el thatcherismo. El “majorismo”³ apenas si logró maquillarlas dándoles una cara más aceptable. Por eso es importante que distingamos entre un dominio eficaz del poder político ejercido por aparato de Estado, del cual hay muchos ejemplos, y el proyecto de la Nueva Derecha, proyecto que implicó algo mucho más profundo. Estamos hablando de cómo el poder político fue usado para “liquidar” una era histórica completa que había sido construida sobre los acuerdos de la

² Westminster es el nombre de la parte de Londres en donde está ubicado el Parlamento y la Familia Real. En este contexto, Westminster significa parlamento. N. del T.

³ “Majorismo” es el nombre que reciben la políticas sociales y económicas relacionadas con Sir Jonh Mayer, primer ministro británico inmediatamente posterior a Margaret Thatcher, entre (1990-1997). N. del T.

¹ Puritano: se dice del individuo de un grupo reformista, inicialmente religioso, formado en Inglaterra en el siglo XVI, que propugnaba purificar la iglesia anglicana oficial de las adherencias recibidas del catolicismo (RAE). N. del T.



postguerra, concretamente: el estado de bienestar, el keynesianismo y los empleos y la educación para todos. Esta era fue progresivamente reemplazada por un tipo de orden social del todo nuevo y por una mentalidad que caló profundamente en la vida social, moral, sexual y familiar. Todas nuestras instituciones públicas se transformaron en mayor o menor medida y fueron obligadas a implementar nuevos principios de gestión que directamente obedecían o indirectamente “imitaban” las lógicas del mercado. Se trató de una filosofía, de una receta que fue usada para todo: para remodelar no solo la forma en que nos comportábamos como ciudadanos y votantes, sino como madres, padres, niños, maestros, médicos y amantes.

Este programa arraigado y multifacético de “reforma” fundamental fue puesto en marcha gracias a un nuevo tipo de política, a una disputada simultáneamente en muchos frentes con filones intelectuales, morales, culturales y filosóficos y, por su puesto, económicos. Su éxito no debe evaluarse por su capacidad para ganar elecciones sino por su abrumadora eficacia para rehacer la vida pública y civil. A pesar del compromiso con “hacer retroceder el Estado”, su triunfo radica en la gestión de la sociedad hasta el más mínimo detalle: desde si las organizaciones privadas de beneficencia volvían más “dependientes” a los mendigos al darles sopa caliente hasta si era “británicamente” aceptable animar al equipo de cricket de las Indias Occidentales cuando le estaba ganando al equipo inglés en Lords⁴. La destreza para llevar la política por una gama de luchas diversas y de soldar intereses múltiples en una “alianza” populista grande, pero unificada, y la capacidad no solo para reflejar un consenso sino para “ganar el consentimiento”, para construir una mayoría al margen de toda una serie de minorías, hace apropiado llamar “hegemónica” a la estrategia política de la Nueva Derecha.

Esta ha sido justamente la debilidad de la izquierda tradicional en el Reino Unido. Ante el ataque de la Nueva Derecha, la izquierda respondió defensivamente, replegándose en su obsolescencia cada vez mayor y en sus fuerzas cada vez menores. No se involucró lo suficiente con las nuevas contradicciones producidas por los cambios ni repensó a profundidad sus valores y compromisos tradicionales a la luz de las rápidas y permanentes transformaciones de las circunstancias. La opo-

sición, al volver al frente con su filosofía desarticulada por cambios históricos mayores (como la ruptura que experimentó el llamado “Estado socialista” en Europa del este y la decadencia del capitalismo de bienestar en occidente), no fue capaz de establecer, y mucho menos de ganar, ningún escenario que fuera lo suficientemente profundo o históricamente importante para interrumpir el proyecto de la derecha. En lugar de esto, se puso a la defensiva. Concretamente, la izquierda ha fallado en conectar las viejas fuerzas de la reforma con cualquiera de las nuevas fuerzas –como los nuevos movimientos sociales–, fuerzas que, como hemos argumentado anteriormente, han surgido para venir a caracterizar el panorama político más fragmentado del que hayamos tenido noticia.

⁴ El Lord's Cricket Ground es el hogar por antonomasia del cricket. N. del T.



El *Greater London Council* (GLC) es uno de los ejemplos clave y vale la pena traerlo a colación porque nos ayuda a situar lo políticamente correcto en el contexto británico. El GLC de Ken Livingstone⁵ fue importante no solo porque representó casi la única alternativa política seria al thatcherismo durante los ochenta, sino debido a su forma renovada de hacer política y a las alianzas a través de las cuales se constituyó. En el seno de un reconstruido GLC los “nuevos” movimientos sociales tomaron el mando de las instituciones en una alianza para nada fácil con las “viejas” fuerzas de los laboristas de Londres y con la aún más vieja cultura del laborismo. Su ejemplo fue seguido en varias ciudades, y emergió así un nuevo tipo de “nueva izquierda”. Dondequiera que fuera posible ganar poder electoral el GLC usó su posición y tantos fondos como tuviera disponibles (que, por razones históricas que no vamos a detallar, eran sustanciales) para introducir en la legislación no solo una expansión de los servicios a los sectores más pobres de la población, sino un nuevo tipo de agenda antisexista, antirracista y antihomofóbica. La educación, la igualdad de oportunidades y los códigos de acoso sexual fue lo que más pudieron sacar adelante en áreas controladas por el Estado.

Había algo muy novedoso en este movimiento político y en su constitución, en parte por las diferentes tradiciones y fuerzas radicales que aglutinó, en parte porque los reclamos de los nuevos movimientos sociales en el Reino Unido nunca antes habían tenido implementaciones políticas a una escala tan grande. En mi opinión, también fue importante porque juntaron los temas de manera tal que lograron atravesar las alineaciones de clase tradicionales, creando un nuevo tipo potencial de “bloque” social popular. Puesto en términos de nuestro argumento anterior: la alianza GLC/socialismo local empezó a verse como la única estrategia política “hegemónica” de izquierda capaz de igualar en profundidad, complejidad y novedad el empuje radical del proyecto thatcherista a nivel nacional.

La famosa campaña “el precio justo”⁶ en el transporte de Londres fue paradigmática. Esta campaña trataba de priorizar las necesidades públicas sobre las privadas (dado que el asunto clave del thatcherismo era la privatización), combinándolas con un fuerte énfasis redistributivo e igualitario (los que no

tienen carro merecen viajar de forma tan segura y cómoda como quienes sí tienen) y vinculándolas a algunos temas “culturales” claves (el renacimiento de la vida y del espacio urbano, el daño ambiental, el “orgullo” que sienten los londinenses por su ciudad). Todo esto estuvo respaldado por un tema explícito del “nuevo movimiento social” (seguridad garantizada para las mujeres durante sus viajes y el derecho de las mujeres a moverse por su cuenta por toda la ciudad en cualquier momento del día o de la noche; el lema feminista: “reclama la noche”).

Siempre he pensado que la destrucción del GLC y la intensidad de los ataques a los gobiernos locales estuvieron motivados por el deseo del gobierno de Thatcher de estrangular en su propia cama lo que reconocieron inconscientemente como una nueva alianza de fuerzas sociales potencialmente popular y bastante efectiva. Y así lo hicieron. Este ataque se llevó a cabo con una virulenta campaña de prensa sensacionalista liderada por los Tory⁷ sobre los “chiflados consejos izquierda”. En los medios proliferaron las historias sobre entusiastas profesores antirracistas que prohibieron la canción “Baa, baa,

5 Líder del GLC. N. del T.

6 En inglés es el juego de palabras “fare’s fair”. N. del T.

7 “Tory” se denomina a quien pertenece o apoya al Partido Conservador Británico. N. del T.



oveja negra”⁸ en sus escuelas. Los ataques de estas viciadas campañas fueron muy difíciles de contrarrestar porque, como suele suceder, sus historias no eran lo suficientemente verdaderas como para mantenerse amplificadas en los medios. Y desde aquel entonces se ha vuelto costumbre encontrarnos a nosotros mismos tal como nos encontramos ahora con lo políticamente correcto: peleando en todos los frentes a la vez, defendiendo la importancia de los asuntos planteados, tratando de desenmascarar el despliegue políticamente inspirado de los medios de comunicación y tomando distancia de algunas de las innegables estupideces cometidas por los militantes de izquierda en nombre del “antiracismo”, el “antisexismo” o la “antihomofobia”. Sí, nuestros enemigos son terribles, pero que Dios nos libre de nuestros amigos.

No vale la pena discutir los aciertos y errores de la alianza entre el GLC y la “chiflada izquierda”, pero sí sus juicios políticos más profundos. Lo que sucedió cuando el thatcherismo hizo retroceder el intento por legislar las agendas de los nuevos movimientos sociales fue el aislamiento de las minorías conforme bajaba la marea política. La sensación de aislamiento se agravó gracias a una especie de “triunfo desesperado de la voluntad”: la determinación para ponerse en pie rápidamente y para aguantar y presionar incluso cuando había menguado la ola de apoyo popular con la que otrora contaron. Inevitablemente quizá lo que comenzó en los ochenta como una estrategia nacional-popular de tipo hegemónico (que avanzó en varios frentes a la vez, que combinó el poder de la oficina con una aproximación educativa y aplicada a la política, que ganó el consentimiento y que aumentó su base popular-democrática), al final de los ochenta y durante los noventa revirtió en una vieja forma de hacer política, en una suerte de vanguardismo defensivo.

8 En inglés: “Baa, Baa, Black Ship”. Es una popular canción infantil. N. del T.

.Ahora podríamos argumentar que, de hecho, una política popular democrática contra el thatcherismo basada en un socialismo local o en una alianza de nuevos movimientos sociales nunca estuvo en juego realmente. Pero, aunque tal cosa fuera cierta, tenemos que contar con las consecuencias acarreadas por los nuevos movimientos sociales: su novedosa agenda política y su comprensión instintiva de ese nuevo mundo político, donde el estilo de la oposición revirtió de “hegemónico” a vanguardista. En mi opinión, no solo es posible sino necesario ser “estratégico” tanto cuando se avanza como cuando se retrocede. Nadie conoce ni ilustra mejor esa lección que la Nueva Derecha thatcheriana, que una y otra vez, desde 1979, ha estado a la defensiva, pero que siempre ha vuelto a la pelea con otras versiones de lo mismo. Esta es una visión profundamente estratégica. Por ejemplo, cuando el NHS⁹ demostró ser el punto de crítico de la nación en el programa de modernización thatcherista, el thatcherismo no renunció a su objetivo estratégico. Contrario a esto, la señora Thatcher salió a declarar: “[el NHS] está seguro en nuestras manos”, y acto seguido se dedicó a desmantelar su principio fundamental sometiéndolo a las fuerzas del mercado. Mientras tanto, algunos ministros suyos, como la señora Bottomley, con palabras vacías seguían insistiendo en que absolutamente nada había cambiado. Esto es lo que yo llamo avanzar estratégicamente mientras se retrocede.

Entonces creo que en el Reino Unido ese vanguardismo moralista y exiguo, tan característico del más reciente estilo de gran parte de lo políticamente correcto en el espacio público-político, fue creado o reforzado en ese momento de derrota durante la década de los ochenta; aunque no podemos negar que en otros lugares ha estado respaldado por las fallas o debilidades

9 Siglas de *National Health Service*. N. del T.

de la izquierda de cara a la Nueva Derecha. Pero el asunto aquí no es hacer un juicio táctico sobre si los nuevos movimientos sociales estuvieron bien o mal en esta o aquella instancia. Se trata más bien de reflexionar sobre cómo la izquierda debería pensar sus estrategias políticas. ¿Una oposición contundente o una estrategia “vanguardista” minoritaria podría derrotar la agenda histórica de la nueva derecha (que, creo yo, no busca estar en el poder para siempre sino reconstruir irrevocablemente todo el orden social, moral y político)? Mi respuesta, que al menos tiene la virtud de ser consistente, es no. Y esto no solo por las características históricas de la nueva derecha, que he venido describiendo, sino porque, como Antonio Gramsci, a quien le debemos la comprensión de la política como una lucha por la “hegemonía”, afirmó alguna vez, en las sociedades liberal-democráticas, como la nuestra, la política pasó de lo que él llama, usando las metáforas militares de la I Guerra Mundial, una “guerra de movimiento” a una “guerra de posición”.

En la “guerra de movimiento” las fuerzas de la oposición intentan ser rebasadas por asalto frontal. Mientras tanto, en la “guerra de posición” se va avanzado en una serie de posiciones diferentes a la vez y,

por tanto, la fuerza total no se pone en unas murallas de Jericó, que serían derribadas, sino en un “equilibrio de fuerzas” que atraviesa todo el terreno de lucha. La guerra de posición se ajusta mejor a sociedades donde el poder ya no está concentrado en un solo lugar o centro –como la Oficina de Correos o la Casa de Gobierno que otrora los revolucionarios estuvieron ávidos de tomarse–, sino que se ha dispersado por toda la sociedad en su conjunto. Es adecuada también para una situación común a las sociedades post-industriales, como la nuestra, donde además del Estado, el poder es ejercido por lo que Gramsci llamó la “sociedad civil”, y sí, precisamente a través de la cultura, los asuntos morales y sociales, la familia, la educación, la religión, el género, la sexualidad, la raza, la identidad nacional, los medios de comunicación, la religión; en fin, todas esas cosas que, como ya argumentamos, han sido puestas en el centro de la ecuación política, gracias los nuevos movimientos sociales y a la “culturalización de la política”. Aunque defenderse es parte esencial de las luchas políticas modernas y aunque ganar el poder sigue siendo un elemento importante, tales aspectos no sustituyen la forma de la política buscada con la estrategia de la “guerra de posición”. Otro punto clave en el tipo de estrategia “guerra de posi-

ción” es que se prioriza “ganar consentimiento” –poner a la mayoría de tu lado– sobre “ganar batallas”. Está consciente de que, a raíz de la democracia liberal, los compromisos decisivos serán luchados en lo que podríamos llamar el terreno “democrático”, sin importar que haya que limitar las ganancias del sufragio universal, de la libertad de expresión o del Estado de derecho. Esto equivale a decir que cualquiera que esté seriamente interesado en transformar la sociedad tiene que aceptar el incómodo hecho de que vivimos el después –es decir, en el “post”– de la revolución democrática. Ganar el apoyo de la mayoría no puede ser sacrificado en nombre de nuestro sentido purista de que estamos en lo “correcto”, porque eso solo nos llevaría a creer en un “soy más de izquierda que tú” y a pensar que la minoría sabe lo que es mejor para la mayoría, a quien deberá liberar a la fuerza, si fuera necesario.

El leninismo defendió su versión de la “guerra de movimiento” con ese argumento. No obstante, hoy podemos observar en Europa del Este algunas consecuencias de tal vanguardismo (como el cambio revolucionario falló en ganarse, educar y transformar a “la mayoría”, el regreso de muchas de las actitudes arcaicas, etnocéntricas, racistas



y nacionalistas existentes antes que los leninistas se tomaran el poder nombre de tal mayoría, fue solo cuestión de tiempo). Una guerra de posiciones no puede permitirse ni por un momento, amparada en un supuesto conocimiento o bien “superior”, liberarse de la dura disciplina de la democracia. A pesar de los pequeños triunfos locales, fracasaría en el largo plazo de no combinarse con una estrategia democrática, en el sentido que genuinamente se ocupe de los temores, confusiones, ansiedades y placeres de la gente del común, gente a quien intentará educar en nuevas concepciones de la vida para así ganársela y constituir mayorías donde solo hay minorías fragmentadas.

Por ejemplo, como consecuencia de haber promocionado *Jenny Lives with Eric and Martin*¹⁰ en colegios públicos a través de un comité apoyado por una pequeña mayoría, sin tener que pasar por el arduo trabajo de convencer a los padres para que pensarán la sexualidad desde un punto de vista menos homofóbico, se desató una reacción negativa aún más extrema, pese al momento de efímero triunfo sobre los intolerantes que hizo que esa pequeña mayoría, momentáneamente, se sintiera muy bien. Esta es una dura verdad que, me parece a mí, ni las fuerzas de lo políticamente correcto posteriores al GLC ni el Partido Laborista Tradicional en sus diferentes formas han logrado captar.

Después de intentar ubicar lo políticamente correcto en una suerte de perspectiva política e histórica general, la principal deducción que hago es que lo políticamente correcto es una táctica vanguardista que se creyó podía dar resultados políticos estratégicos. Aunque lo políticamente correcto acertó al tomar en cuenta asuntos culturales y sociales, nunca entendió la importancia de una concepción “educativa” de la política ni la necesidad de ganar el consentimiento para poder ejercer efectivamente una “guerra de cultura”. Lo políticamente correcto ha radicalizado su agenda, pero sigue atrapado en una vieja y desacreditada concepción de “lo político”.

Sin embargo, este análisis es apenas el principio del cuento. Es preciso que profundicemos en algunos de los asuntos fundamentales de lo políticamente correcto y en sus supuestos básicos, especialmente los posteriores al GLC. Aunque mi evaluación general es negativa, hay algunos argumentos anti-políticamente correcto que no considero válidos, razón por

la cual vale la pena dar una explicación más equilibrada y matizada de sus fortalezas y debilidades. Por ejemplo, la vieja izquierda dice que, comparados con los asuntos “reales” que merecen ser abordados, como la pobreza, el desempleo y la desventaja económica, lo políticamente correcto se ocupa de asuntos irrelevantes y triviales. Esa crítica es claramente inaceptable. Es una idea proveniente de una visión arcaica, de una suerte de materialismo burdo y de bajo vuelo que cree que la “clase” es más real y más fácil de abordar que, por ejemplo, el género; que la “clase”, por su vínculo con el desarrollo económico, está de alguna manera más determinada materialmente; y que los factores económicos funcionan como si tuvieran vida propia, por fuera de sus condiciones sociales e ideológicas de existencia. Esto, que me parece absolutamente equivocado, es bastante representativo de la manera en que la “política de izquierda” se sigue arraigando en la conciencia colectiva (incluso, para nuestra sorpresa, ¡de algunas feministas comprometidas!). No obstante, todo lo sucedido en las últimas tres décadas para interrumpir o desafiar sus entendidos.

¹⁰ Publicado en 1983. Fue uno de los primeros libros en inglés para niños que abordó la homosexualidad. N. del T.



Los abanderados de lo políticamente correcto aciertan al poner en primer plano cosas a las que no se les había prestado atención, como el género, la sexualidad, la raza, la etnicidad, el idioma, el conocimiento, los planes de estudio, el etnocentrismo del canon, etcétera. Aciertan, también, al tratar de volver estas cosas objetos de la lucha política. Y sin duda, aciertan al decir que la "política" ha descuidado tradicionalmente esos asuntos, no como consecuencia de una de una conspiración o a raíz de una decisión racional y consciente, sino porque la cultura funciona de manera tal que esos antagonismos sociales políticamente invisibles terminan por ser producidos. Lo políticamente correcto encontró el momento para sacar provecho de todo lo que había sido pisoteado y puso a tambalear tabúes sagrados, rompió silencios colusorios e hizo visible lo que no lo era, pero lo hizo sin pensar en estrategias institucionales (que podrían ser más efectivas). Si los cambios en la política, e incluso en las instituciones, no penetran la práctica personal en la vida cotidiana, es como si nunca hubieran sido hechos. Es bien conocido el caso de hombres antisexistas que se la pasan tan ocupados luchando para que haya igualdad de oportunidades en sus lugares de trabajo que simplemente no tienen tiempo para lavar los platos.

Lo políticamente correcto debería saber que una cosa es desafiar los supuestos incorporados en nuestro uso ordinario del lenguaje y que otra cosa muy distinta es vigilar el lenguaje, que una cosa es tratar que la gente cambie su comportamiento hacia las minorías y otra cosa muy distinta es decirles qué pueden y qué no pueden hacer. Además, debería saber que si no practicamos la política para "ganar identificación" no van a producirse nuevos sujetos políticos que sostengan esa práctica, sin importar cuan "objetivamente" correctos sean los análisis. Eso que llamamos identidades no son cosas creadas por fuera de la cultura que

uno moviliza a través de la política. De hecho la política se trata fundamentalmente del proceso de formar individuos (que tienen identidades múltiples y divididas) en "nuevos sujetos políticos" (por ejemplo, cuando gente de una variada gama de colores de piel se siente y actúa políticamente como "negra", o cuando mujeres diversas vuelven su forma de pensar "feminista") y de ganar su identificación (que nunca será total u homogénea) para ciertas posiciones políticas. Una estrategia diseñada para silenciar los problemas sin lidiar con ellos es una estrategia que aborda síntomas y no causas.

En mi opinión, el problema con lo políticamente correcto no radica en su agenda, con la que a menudo estoy de acuerdo, sino en su incapacidad de comprender las implicaciones de la posición que aparentemente respalda. Cualquiera que entienda la importancia del lenguaje sabe que el significado nunca puede ser fijado totalmente porque el lenguaje es por naturaleza multi-acentual y porque el significado siempre está deslizándose. La derecha ha querido intervenir ideológicamente la infinita multi-acentualidad del lenguaje para fijarlo en relación con el mundo, de modo tal que solo pueda significar una cosa. Por ejemplo, John Patten¹¹ decidió, en su infinita sabiduría, que los jóvenes debían educarse para que fueran hombres y mujeres adecuadamente ingleses. Sin embargo, la idea de que la izquierda puede o debe intervenir el lenguaje para tratar de fijarlo a través de un proceso de legislación, juega exactamente el mismo juego de John Patten, solo que al revés, o de atrás para delante. Una de las lecciones más importantes que hemos aprendido del "giro lingüístico" en la filosofía y la teoría cultural es que uno no puede escaparse de los efectos de un modelo o de

¹¹ Exmiembro conservador del Parlamento Británico y Secretario de Educación de Gran Bretaña entre 1992-1994. N. del. T.

una práctica mirando para otro lado. Después de tantos siglos de haber sido pensados como desagradables, bestiales y estúpidos, puede dar algún tipo de alivio creer que toda la gente negra es buena y lista, pero esa idea sigue siendo tremendamente racista. Necesitamos parar los intentos por asegurar una política antirracista de trasfondo biológico o genético, ya sea que esta última funcione para nosotros o para el Frente Nacional. La verdadera ruptura no viene de invertir el modelo, sino de liberarse de sus términos limitantes, de transformar el marco completo.

Lo políticamente correcto ha cambiado lo que espera que el lenguaje y la cultura digan y hagan, pero no ha modificado su concepción de cómo funcionan el significado y la cultura. Y no es solo una cosa del lenguaje. Toda la estrategia de lo políticamente correcto está sustentada en una concepción de la política como el desmascaramiento de ideas y significados falsos que hay que sustituir por verdaderos. Esto equivale a erigir una imagen de la "política como verdad", una sustitución de la falsa conciencia racista, sexista u homófoba, por una "verdadera conciencia"; equivale a negar la profunda observación (ya hecha, por ejemplo, por Michel Foucault) de que la "verdad" del conocimiento es siempre contextual, siempre construida en el discurso, siempre conectada con las relaciones de poder que las hacen verdaderas, es decir, una "política de la verdad". La mirada que tenemos que disputar sobre el lenguaje, dado que el discurso tiene efectos tanto sobre la forma como percibimos el mundo como en nuestra práctica en él, es negada en el intento de hacer un cortocircuito al proceso de cambio legislando sobre algunas "verdades absolutas". Peor aún, lo que se aspira a legislar es siempre otra verdad simple y homogénea, es nuestra verdad reemplazando la de ellos. La tarea realmente difícil a la que nos enfrentamos ahora es a tratar de aferrar-

nos a alguna perspectiva que pueda cambiar el mundo, convirtiéndolo en un lugar mejor donde *aceptemos y negociemos la diferencia*. Lo último que necesitamos es que un modelo de autoridad venga a sustituir un conjunto de identidades y de verdades por otro conjunto que considera "más correcto". La crítica de la autoridad cultural, del esencialismo y de las concepciones uniformes y homogéneas de la identidad cultural ha vuelto nula y sin efecto esta concepción esencialista de la política.

Lo políticamente correcto es, pues, una paradoja, y eso explica por qué me siento tan ambivalente al respecto. En cierto sentido, parece pertenecer y compartir algunas de las características del nuevo momento político. Incluso parece, a veces, encarnar algunas de esas nuevas concepciones. No obstante, una gran parte de lo que pasa en la práctica con lo políticamente correcto es una suerte de deformación, una caricatura de esa nueva forma de hacer política. Lo políticamente correcto es fruto de una nueva coyuntura política, pero parece no entender las fuerzas e ideas de esa coyuntura. En lugar de ello, lleva a cabo sus luchas con armas antiguas y decrépitas.

La sensación que tuvimos de que lo políticamente correcto había dividido a la izquierda no es al final una ilusión o un error porque, de hecho, hay una división fundamental. Es la división entre, por un lado, quienes creen que la política consiste en poner a "los nuestros" donde antes estaban "ellos", para enseguida usar el poder de la misma manera que "ellos" lo usaban. Esta estrategia binaria que consiste en gobernar a la sociedad "vigilándola" será justificada porque son los nuestros quienes lo hacen. Pero, por otro lado, están aquellos que creen que la tarea de la política en las sociedades post-industriales en el momento posmoderno consiste en desestabilizar permanentemente todas las configuraciones de poder, impidiendo

do que los de siempre –de derecha o de izquierda– establezcan de nuevo una inconsciencia, la del “profundo sueño del olvido”, inconsciencia que el poder de manera regular provoca y que parece ser una condición para su funcionamiento. Es atravesando esa frontera que lo políticamente correcto cae irremediablemente en lo que considero el lado equivocado.

No espero que aquellos “políticamente correctos” estén de acuerdo conmigo. De hecho, mientras escribo, puedo escucharlos desempacando los tornillos, afilando la guillotina, barajando las páginas del diccionario de lo políticamente correcto y poniendo las carretas a rodar... ☒

